

cas y todas semejantes entre sí, etc.; lo que, para el hombre de conocimiento, quiere decir arquitectura insípida, ciudad fastidiosa de ver. Ahora bien; en lo que respecta á Burdeos, nada menos exacto.

Burdeos es una ciudad curiosa, original, tal vez única. Tomad Versailles, barajadlo con Amberes, y os dará Burdeos.

Exceptúo, empero, de la mezcla—pues hay que ser justo—las dos mayores bellezas de Versailles y de Amberes, el palacio de la una y la catedral de la otra.

Encuétrase en Burdeos lo nuevo y lo viejo.

Todo, en el Burdeos moderno, respira grandeza, como en Versailles; todo, en el Burdeos antiguo, describe la historia, como en Amberes.

Aquellas fuentes, aquellas columnas rostrales, aquellas vastas avenidas cuidadosamente plantadas, aquella plaza Real, que es sencillamente la mitad de la plaza Vendôme puesta al borde del agua, aquel puente de medio cuarto de legua, aquel soberbio muelle, aquellas calles anchas, aquel teatro enorme y monumental, son cosas que no puede borrar ninguno de los esplendores de Versailles, y que, en el propio Versailles, rodearían dignamente el gran palacio que dió albergue al gran siglo.

Aquellas intrincables encrucijadas; aquellos laberintos de pasajes y de construcciones; aquella calle de los Lobos, que recuerda el tiempo en que los lobos entraban en el interior de la ciudad para devorar á los niños; aquellas casas fortalezas, tan frecuentadas antiguamente por los demonios, de un modo tan incómodo, que un decreto del Parlamento declaró en 1596 que bastaba que una casa fuera frecuentada por el diablo para que el arrendamiento quedara rescindido en derecho; aquellas fachadas color de yesca esculpidas por el delicado cincel del renacimiento; aquellos portales y aquellas escaleras adornadas de balaustres

y pilares salomónicos pintados de azul, á la moda flamenca; aquella agradable y delicada puerta de Caillau erigida en memoria de la batalla de Fornoue; aquella otra hermosa puerta de la casa de la ciudad, que deja ver su campana tan orgullosamente suspendida bajo una calada arcada; aquellos informes restos del lúgubre fuerte de Hâ; aquellas antiguas iglesias, San Andrés, con sus dos chapiteles; San Severino, cuyos golosos canónigos vendieron la villa de Langron por doce lampreas cada año; Santa Cruz, que fué incendiada por los normandos; San Miguel, que fué incendiada por el rayo; todo aquel cúmulo de viejos soportales, de viejas fachadas puntiagudas, de viejas techumbres; aquellos recuerdos que son monumentos, aquellos edificios que son fechas, serían dignos seguramente de mirarse en el Escalda, como se miran en el Girona, y de agruparse entre las edificaciones flamencas más fantásticas al rededor de la catedral de Amberes.

Añadid á esto, amigo mío, el magnífico Girona atestado de naves, un delicioso horizonte de verdes colinas, un hermoso cielo, un sol cálido, y amaréis á Burdeos, aunque sólo bebáis agua y no os interesen las niñas bonitas.

Que aquí son encantadoras con su madrás color de naranja ó encarnado, como las de Marsella con sus medias amarillas.

Las mujeres de todos los países tienen el instinto de secundar la naturaleza con la coquetería. La naturaleza les da la cabellera, pero como esto no basta, añaden el tocado; la naturaleza les da el cuello blanco y flexible, pero como es poco, agregan el collar; la naturaleza les da el pie pequeño y delicado, pero no basta, ellas adornan el calzado. Dios las ha hecho hermosas, pero como no les basta, se hacen bonitas.

Y en el fondo de su coquetería hay una idea, un

sentimiento, si queréis, que se remonta á nuestra madre Eva. Permitidme una paradoja, una blasfemia que mucho me temo contenga una gran verdad: que Dios hace hermosa á la mujer, y el diablo la hace bonita.

¡Qué importa, amigo! Amemos á la mujer, hasta con lo que le añade el diablo.

Me parece que estaba predicando. Y esto no va. Volvamos, si os place, á Burdeos.

La doble fisonomía de Burdeos es muy curiosa; la han hecho el tiempo y la casualidad; no conviene que los hombres la destruyan. Ahora bien; no hay que disimularse que la manía de las calles «bien trazadas», según se dice, y de las construcciones de «buen gusto» gana cada día terreno y va borrando de la haz del suelo la vieja ciudad histórica. En otros términos, el Burdeos-Versalles tiende á devorar al Burdeos-Amberes.

¡Anden con cuidado los bordeleses! Amberes, en conjunto, es más interesante para el arte, la historia y el pasado que Versalles. Versalles sólo representa á un hombre y un reinado; Amberes representa á todo un pueblo y varios siglos. Mantened, pues, el equilibrio entre ambas ciudades; haced cesar las disensiones entre Amberes y Versalles; embelleced la ciudad nueva, conservad la ciudad antigua. ¡Habéis tenido historia, habéis sido una nación, acordaos y enorgulleceos de ello!

Nada más funesto ni que más empequeñezca que las demoliciones. El que derriba su casa, derriba á su familia; el que derriba su ciudad, derriba á su patria; el que destruye su vivienda, destruye su nombre. El honor antiguo reside en aquellas antiguas piedras.

Todos aquellos desdeñados edificios son construcciones ilustres; hablan, tienen voz, y atestiguan lo que hicieron vuestros padres.

El anfiteatro de Galiano dice: Yo vi proclamar emperador á Tétrico, gobernador de las Galias; yo vi nacer á Ausonio, que fué poeta y cónsul romano; yo vi á San Martín presidir el primer concilio; yo vi pasar á Abderramán; yo vi pasar al Príncipe Negro. Santa Cruz dice: Yo vi á Luis el Joven casarse con Leonor de Guyena, á Gastón de Foix casarse con Magdalena de Francia, á Luis XIII casarse con Ana de Austria. El Peyberland dice: Yo vi á Carlos VII y á Catalina de Médicis. El campanario comunal dice: Debajo de mi arco sentáronse Miguel Mantaigue, que fué alcalde, y Montesquieu, que fué presidente. La antigua muralla dice: Por mi brecha entró el condestable de Montmorency.

¿Os parece si todo esto no vale tanto como una calle tirada á cordel? Todo esto es el pasado; el pasado, cosa grande, venerable y fecunda.

Ya lo he dicho en otra parte, respetemos los edificios y los libros; sólo en ellos vive el pasado, fuera de ellos hay la muerte. Ahora bien; el pasado es parte de nosotros mismos, tal vez la más esencial. Todo el oleaje que nos lleva, toda la savia que nos vivifica nos viene del pasado. ¿Qué es un río sin fuentes? ¿Qué es un pueblo sin su pasado?

M. de Tourny, el intendente de 1743, que empezó la destrucción del viejo Burdeos y la construcción del nuevo, ¿fué útil ó funesto á la ciudad? Es una cuestión que no quiero examinar. Hásele levantado una estatua, hay la calle de Tourny, el muelle de Tourny, la avenida de Tourny, perfectamente. Pero, admitiendo que haya servido á la ciudad tan espléndidamente, ¿es esta una razón para que Burdeos se presente al mundo como no habiendo tenido á nadie más que á M. de Tourny?

¡Cómo! Augusto os había erigido el templo de Tutela y lo echasteis abajo. Galiano os había edificado

el teatro y lo habéis desmantelado. Clodoveo os había dado el palacio de la Ombrière; lo habéis arruinado. Los reyes de Inglaterra os habían construido una gran muralla desde el foso de los Curtidores al foso de las Salinas; la habéis arrancado de cuajo. Carlos VII os había edificado el Castillo Trompette; lo habéis demolido. Vais desgarrando una tras de otra todas las páginas de vuestro viejo libro para no guardar más que la última. ¿Arrojáis de vuestra ciudad y borráis de vuestra historia á Carlos VII, á los reyes de Inglaterra, á los duques de Guyena, á Clodoveo, á Galiano y á Augusto, y levantáis una estatua á M. de Tourny? Esto es derribar algo que es muy grande para levantar algo que es muy pequeño.

21 de julio.

El puente de Burdeos es la coquetería de la ciudad. En ese puente hay siempre cuatro hombres ocupados en mantener el pavimento y en limpiar la acera. En cambio, las iglesias están tristemente destartaladas.

Sin embargo, ¿no es verdad que en una iglesia todo merece fervor religioso, hasta las piedras? Esto lo olvidan fácilmente los curas, que son los primeros demoleedores.

Las dos principales iglesias de Burdeos, San Andrés y San Miguel, tienen, en lugar de campanarios, campaniles aislados del edificio, como en Venecia y en Pisa.

El campanil de San Andrés, que es la catedral, es una bellísima torre cuya forma recuerda la torre de Beurre de Ruán, y se denomina Peyberland, del nom-

bre del arzobispo Pedro Berland, que vivía en 1430. La catedral tiene, además, los dos chapiteles airosos y calados de que os hablé ya. Empezada en el siglo XI, según atestiguan los pilares románicos de la nave, la iglesia quedó paralizada durante tres siglos, reanudándose las obras bajo Carlos VII y terminándose bajo Carlos VIII. La florida época de Luis XII le dió la última mano y construyó, al extremo opuesto del ábside, un pórtico exquisito que sostiene los órganos. Los dos grandes bajo relieves aplicados al muro debajo de ese pórtico, son dos cuadros de piedra de hermosísimo estilo, y casi podría decirse, tan poderoso es el modelado, del más magnífico color. En el cuadro de la izquierda, el águila y el león adoran al Cristo con una mirada profunda é inteligente, como conviene que los genios adoren á Dios. La portada, aunque simplemente lateral, es extraordinariamente bella.

Mas tengo ya prisa por hablaros de un antiguo claustro en ruinas que está adosado á la catedral por el lado de mediodía, en el que entré por casualidad.

Nada más triste y más encantador, más imponente y más abyecto. Imaginad. Sombrías galerías agujereadas por ojivas con calados flamígeros; una reja de madera encima de dichas ojivas; el claustro transformado en cobertizo, todas las losas destrozadas, el polvo y las telarañas por todas partes; unas letrinas en un patio cercano, algunas lámparas de cobre llenas de cardenillo, algunas cruces negras, clepsidras de plata, toda la guardarropía de los entierros y de los enterradores en los oscuros rincones; y, bajo aquellos falsos cenotafios de madera y de tela pintada, tumbas verdaderas que se entrevén con sus severas estatuas demasiado yacentes para que puedan levantarse, demasiado dormidas para que puedan despertarse. ¿No es escandaloso esto? ¿No hay derecho á acusar al cura de la degradación de la iglesia y de la

profanación de las tumbas? Por mi parte, si tuviera que dictar á los clérigos su deber, lo haría en dos palabras: ¡Piedad para los vivos, piedad para los muertos!

En medio, entre las cuatro galerías del claustro, los restos y los escombros obstruyen un rinconcito, antes cementerio, donde las altas hierbas, el jazmín silvestre, las zarzas y las matas crecen y se mezclan, casi podría decirse, con gozo inexplicable. Es la vegetación que se apodera del edificio, la obra de Dios que vence á la obra del hombre.

No obstante, ese gozo nada tiene de malo ni de amargo. Es la inocente y real alegría de la naturaleza, y nada más. En medio de las ruinas y las hierbas, entreábranse mil flores. ¡Dulces y simpáticas flores! Yo percibía sus perfumes que llegaban hasta mí, veía como se agitaban sus lindas cabezas blancas, amarillas y azules, y me parecía que se esforzaban todas cuanto podían en consolar á las pobres piedras abandonadas.

No hay más, ese es el destino. Los monjes se van antes que los curas, y los claustros se derrumban antes que las iglesias.

Desde San Andrés me fuí á San Miguel... Pero me llaman; el coche de Bayona va á partir, y ya os diré la próxima vez lo que me ocurrió en esa visita á San Miguel.

II

DE BURDEOS Á BAYONA

Bayona, 23 de julio.

Hay que ser un viajero empedernido y coriáceo para hallar comodidad en el imperial de la diligencia Dotezac, la cual va de Burdeos á Bayona. En mi vida había encontrado una banqueta embutida con tanta ferocidad. Aquel diván podrá, por otra parte, hacer un favor á la literatura y proporcionar una nueva metáfora á los que las necesiten. En adelante se renunciará á las antiguas comparaciones clásicas que expresaban, desde hace tres mil años, la dureza de un objeto; quedarán en reposo el acero, el bronce y el corazón de los tiranos. En lugar de decir:

¡El Cáucaso, irritado,
Más duro que las peñas un corazón te ha dado!

los poetas dirán: *Más duro que la banqueta de la diligencia Dotezac.*

No se escala, sin embargo, aquella elevada é incómoda situación sin cierta dificultad. En primer lugar,